

Maltrato Infantil: Un Modelo de Intervención desde la Perspectiva Sistémica

E. G. Fuster, F. García y G. Musitu Ochoa*

El objetivo de este trabajo es ofrecer un modelo de comprensión e intervención en el maltrato infantil. Desde la perspectiva ecológica se considera el maltrato infantil como resultado de la interacción de factores múltiples anidados en distintos niveles ecológicos (sistema individual, familiar y social), dentro de los cuales incluimos: características del niño y variables del sistema social tales como estrés ambiental, aislamiento social e interacciones familiares disfuncionales. Dada la naturaleza multidimensional del maltrato del niño, se insiste especialmente en la necesidad de utilizar medidas de evaluación específicas para los distintos sistemas relacionados con esta problemática social, con la finalidad de precisar la naturaleza de la intervención en función de la fuerza o debilidad de los distintos sistemas implicados.

Introducción

Nada nuevo descubrimos, ni nadie se sorprende ya, si afirmamos que el maltrato infantil es un creciente problema en nuestra sociedad, de graves consecuencias negativas en el desarrollo físico, intelectual, y emocional del niño, y cuyas repercusiones como señalan Gelles y Cornell (1985), se extienden más allá del niño víctima, a la familia y a la sociedad.

No obstante, y a modo de ejemplo, podemos recordar algunas:

- En primer lugar, el maltrato físico puede provocar al niño serios daños que pueden abarcar cualquier lesión en el cuerpo, hasta retraso mental, o parálisis cerebral. Por otra parte, la negligencia en forma de desnutrición, falta adecuada de cuidados médicos, etc... puede ocasionar, a largo plazo, efectos sobre el desarrollo normal del niño.

También el maltrato y la negligencia pueden causar en el niño graves problemas en el desarrollo de su competencia psico-social. Así por ejemplo, autores como Martin (1980) y Gutierrez y Musitu (1986) concluyen que las víctimas del maltrato expresan bajos niveles intelectuales,

mayor pobreza lingüística, menor competencia académica, mayores problemas de disciplina y un menor ajuste escolar.

En cuanto a las repercusiones en el desarrollo psico-social distintos autores (Timberlake, 1981; Aber y Allen, 1987; Musitu, 1987; Musitu *et al.*, 1985; Escarti y Musitu, 1987) han puesto de manifiesto las consecuencias negativas del maltrato infantil, reflejadas principalmente en el desarrollo de una pobre autoestima y en un deficiente ajuste personal y social. También en este mismo sentido, Kinard (1980) señala que los niños maltratados expresan problemas en cinco áreas del desarrollo emocional: menor autoestima, conductas agresivas, desconfianza hacia las personas, pobre integración en el grupo de iguales y problemas de autoidentidad.

Otro conjunto de trabajos han puesto de manifiesto la relación entre el maltrato y el desarrollo de conductas no valoradas socialmente como la agresión, problemas de conducta, consumo de drogas y alcohol, delincuencia y desarrollo de psicopatologías (Rollins y Thomas, 1979; Green, 1978; Musitu y Estarelles, 1986). Es también de destacar, el hecho señalado por distintos autores (Tunla y Paivi, 1983; Huesman *et al.*, 1984), de que aquellos niños que han sido objeto de maltrato en su familia se comportarán muy probablemente, cuando sean adultos, de la misma manera que lo hicieron sus padres con

* Area de Psicología Social, Facultad de Psicología, Universidad de Valencia, España

ellos, manteniéndose así el ciclo intergeneracional de la violencia familiar.

Si, en cambio, puede resultar más sorprendente, que a pesar de las serias consecuencias del maltrato infantil, puestas de manifiesto por numerosos autores, sean relativamente pocos los investigadores que han desarrollado programas concretos y estrategias efectivas de intervención que den respuesta a este acuciante problema social.

No es extraño pues, que cuando nos enfrentamos al complejo fenómeno del maltrato infantil, y lo hacemos planteándonos la urgente necesidad de elaborar y aplicar programas efectivos de intervención, probablemente, y antes que otras consideraciones, nos surja una pregunta aparentemente sencilla, cuya respuesta, como suele suceder, presenta serias e importantes dificultades: Que podemos hacer? A esta pregunta, posiblemente, seguirán otras, de similar formulación aunque con el mismo grado de dificultad en su respuesta, algunas de las cuales podrían ser: Como podemos penetrar y ser aceptados en el mundo privado de la familia?, Como podemos reestructurar el sistema familiar?, Como podemos romper el círculo de violencia en una familia?, Como podemos prevenir el maltrato infantil?...

Obviamente, no aspiramos en este trabajo a dar cumplida respuesta a todos y cada uno de estos interrogantes, sería evidentemente pretencioso por nuestra parte, más aún, si como pensamos la naturaleza de la intervención en el maltrato infantil no admite "recetas". Al contrario, desde la perspectiva que sostenemos aquí, el maltrato infantil se considera como resultado de la interacción de múltiples factores, y por tanto, cualquier estrategia de intervención implicará, para cada caso, el conocimiento previo de la contribución relativa de esos factores.

Desde este punto de vista, nuestra pretensión, más modesta, será la de ofrecer un modelo de comprensión, evaluación y tratamiento que, reconociendo la naturaleza multidimensional del maltrato infantil, evite, siempre que sea posible, todas aquellas medias que impliquen la institucionalización y la separación del niño de su ambiente familiar, dirigiéndose fundamentalmente a la neutralización de todos los procesos que deterioran el desarrollo psicosocial del niño,

mediante la mejora y fortalecimiento de su contexto familiar y social.

La perspectiva ecológica

Tradicionalmente, el maltrato infantil se ha considerado como resultado de deficiencias individuales, atribuyéndose las conductas de violencia y maltrato hacia el niño a características de personalidad, desordenes psicológicas, y otras "anormalidades" intraindividuales. Sin embargo, distintas investigaciones indican que tan sólo un 10% de los casos de violencia familiar pueden atribuirse "exclusivamente" a rasgos de personalidad, enfermedades mentales, o psicopatologías (Steele, 1978).

Sin dejar de reconocer la importancia de los factores individuales, y la eficacia en un número reducido de casos, de soluciones centradas en el individuo (Gelles y Cornell, 1985), esta perspectiva individual cuestionada por numerosos autores (Gelles, 1973; Parke y Lewis, 1981; Musitu, 1981), ha dado paso a nuevos modelos conceptuales que, desplazando y ampliando el análisis desde el individuo al contexto social, enfatizan la interdependencia entre la familia, la comunidad y el contexto cultural, en el desarrollo y control del maltrato infantil, y la importancia de los sistemas de apoyo formales e informales así como de los valores culturales en la modulación de los patrones de interacción familiar.

De estos modelos, entre los que se encuentran, el modelo interaccional-social (Parke y Lewis, 1981), el modelo psicosocial (Gelles, 1973) y el modelo sociológico (Gil, 1975), cabe destacar el modelo ecológico (Belsky, 1980; Bronfenbrenner, 1979, 1986; Garbarino, 1977). No obstante, en todos ellos se asume que no hay una sola variable que de cuenta de la conducta parental, asociándose el maltrato a una combinación de factores que, como señala Wolfe (1985) en su revisión, incluyen características de los padres tales como depresión, déficits en habilidades y percepciones sesgadas de la conducta del niño; características del niño tales como temperamento difícil, hiperactividad o handicaps físicos e intelectuales; y variables del sistema social tales como estrés ambiental, aislamiento social e interacciones familiares disfuncionales.

Dentro ya del modelo ecológico, los individuos se consideran inmersos en sistemas

múltiples, ecológicamente conectados, y con influencias directas e indirectas en la conducta, lo cual implica que los problemas de conducta deben comprenderse dentro de su contexto sistémico. Desde este punto de vista, el maltrato del niño es considerado desde una paradigma de sistemas, como el resultado de la interacción de factores múltiples anidados dentro de distintos niveles ecológicos: el sustrato individual, relaciones familiares, transacciones familiares con sistemas extrafamiliares y variables culturales que apoyan el maltrato.

Desde esta perspectiva, el contexto social en el que la familia se inserta posee una importancia máxima en la explicación de los fenómenos familiares (Garbarino, 1982). Evidentemente, la familia no es una unidad independiente del resto de los contextos sociales y, por ello, el comportamiento de la familia no puede comprenderse ni explicarse totalmente, desde la perspectiva de un sistema cerrado, puesto que gran parte de las conductas que ocurren en el nivel familiar, pueden derivarse de transacciones entre las familias y sus miembros, y el medio social donde la familia está inmersa.

A este respecto son de gran relevancia los trabajos de Garbarino (1976) y Garbarino y Crouter (1978), en los que se pone de manifiesto la importancia de los indicadores socioeconómicos generales (pobreza, desempleo, estatus...) y los sistemas de apoyo informales (parientes, amigos, vecinos, organizaciones informales) y formales (acceso a la educación, la salud, sistemas de apoyo socioeconómico) en la regulación de los niveles de abuso y maltrato infantil. Estos trabajos, en los que se insiste en la necesidad de reconocer la posición de la familia en la comunidad y la importancia de la disponibilidad y uso de los sistemas de apoyo social sugieren además que las familias con altos índices de maltrato están socialmente aisladas, tienen pocas relaciones fuera del hogar, no participan en organizaciones y actividades de la comunidad, y generalmente hacen poco uso de los sistemas de apoyo social.

En definitiva, la relevancia de estos modelos conceptuales, debe valorarse, tanto por su importancia teórica, en el sentido de que se promueve desde ellos una comprensión y explicación del maltrato en el contexto más amplio de la familia, la comunidad y la cultura, reconociéndose así la

naturaleza compleja y multidimensional de este fenómeno, como por su valor pragmático, al derivarse de ellos unos criterios de evaluación más apropiados que ofrecen por tanto unas bases sólidas para el desarrollo de intervenciones más efectivas en el maltrato infantil.

Modelo de intervención en el maltrato infantil

Evaluación

Dada la premisa, desde un modelo ecológico, de la multideterminación y la multidimensionalidad del maltrato infantil, se asume que la intervención puede necesitar centrarse en cualquiera de los sistemas implicados en el maltrato o en la combinación de los mismos (Brunk *et al.*, 1987). Desde este punto de vista, la naturaleza exacta de la intervención dependerá, para cada familia, del peso y contribución relativa de cada uno de los sistemas. Para ello, puede ser útil evaluar los problemas en tres categorías que se corresponden con los distintos niveles de sistemas relacionados con el maltrato: sistema individual, sistema familiar y sistema social.

Sistema individual: En este sistema se incluyen aquellas características y déficits individuales que pueden contribuir al maltrato. Entre las variables relevantes para los padres se encontrarían: historia psicobiográfica, depresión, características de personalidad (pobre autoestima, rigidez, inmadurez, dependencia, neuroticismo), déficits en habilidades (autocontrol de la agresividad, disciplina, solución de problemas), consumo excesivo de drogas o alcohol, y expectativas inapropiadas con la edad del niño (falta de congruencia con el nivel de desarrollo del niño) (Belsky y Vondra, 1987). En cuanto a las variables relevantes referidas al niño pueden destacarse: handicaps físicos e intelectuales, problemas de disciplina, hiperactividad, impulsividad y agresividad. A este respecto, puede ser útil el cuestionario de conducta infantil de Conners (contestado por los padres), a partir del cual podemos obtener la percepción global de los padres de la conducta del niño, así como un índice de las expectativas de los padres hacia la conducta de los hijos.

Sistema familiar: En este sistema resulta especialmente relevante el análisis y evaluación

de las estrategias de control parental (repertorios de control limitados e inefectivos, educación para la crianza de los hijos, disciplina basada en la violencia, control punitivo, rechazo y arbitrariedad), las influencias bidireccionales de las interacciones padres-hijos (círculos coercitivos), la implicación afectiva, los conflictos maritales y la insatisfacción matrimonial. Un instrumento adecuado para evaluar el sistema familiar es la Escala de Clima Familiar (FES; Moos y Moos, 1981; Tea, 1984). Esta escala, ubicada dentro de los planteamientos ecológicos, permite evaluar y describir las relaciones interpersonales entre los miembros de la familia, los aspectos del desarrollo que tienen mayor importancia en ella y su estructura básica, a través de tres dimensiones: Relaciones (cohesión, expresividad y conflicto), Desarrollo Personal (independencia, orientación hacia el logro, orientación intelectual-cultural, orientación activo-recreativa, y énfasis religioso moral), y Mantenimiento del Sistema (organización y control).

Por otra parte, Brunk *et al.* (1987) sugieren la utilización de tareas semiestructuradas de interacción padre-hijo (p. ej., enseñar al niño a completar diseños de bloques de dificultad creciente) con la finalidad de examinar las estrategias de control parental, y evaluar posteriormente los cambios en los mismos.

Un aspecto importante de la evaluación en este sistema, con evidentes implicaciones para la intervención, es la diferenciación entre padres abusivos (abuso: daño físico o psicológico no accidental resultante de amenazas serias a la vida del niño) y padres negligentes (negligencia: daño o lesión a un niño como consecuencia de la falta de cuidado o atención, y privación de los elementos considerados esenciales para el desarrollo físico, intelectual y emocional). Los padres abusivos han sido descritos como rígidos e intrusivos en sus relaciones familiares (Crittenden, 1981), mientras que los padres negligentes expresan bajas tasas de interacción con sus hijos (Wolfe, 1985), y parecen ser menos responsivos en las relaciones padres-hijos a corto y largo plazo (Henggeler *et al.*, 1985). Estas diferencias entre familias abusivas y negligentes, sugiere que la intervención en las familias abusivas debería promover un incremento de la flexibilidad parental en las respuestas a las conductas del niño, mientras que la intervención en familias negli-

gentes debería desarrollar un incremento de la cohesión y una mayor responsividad familiar.

Sistema social: Los criterios y variables relevantes para la evaluación en este sistema hacen referencia al nivel de estrés global experimentado por los padres (desempleo, aislamiento social, conflictos), a los sucesos y cambios vitales importantes en la unidad familiar y a las relaciones de la familia con sistemas extrafamiliares. Para la evaluación del estrés puede ser útil el esquema de valoración de la adaptación vital de Dana (1984), en el que, junto con aquellas variables relevantes para el análisis de los estresores (duración, magnitud, intensidad, nivel y fuentes actuales de estrés) se consideran los recursos y habilidades del sistema, la motivación para el cambio, así como las redes de apoyo social disponibles. En cuanto a las relaciones de la familia con sistemas extrafamiliares, y la importancia de éstos en mitigar el efecto potencial de los sucesos vitales especialmente negativos, Lin *et al.* (1979, 1986) sugieren un análisis de las redes sociales de apoyo (familia, amigos, compañeros de trabajo, etc.) y de los sistemas de apoyo formales en tres niveles:

- Grado de interacción y satisfacción en la comunidad y vecindario;
- Grado de participación en organizaciones informales y en actividades voluntarias, y;
- Disponibilidad y uso de sistemas de apoyo social organizados (recursos sociales de asistencia individual, uso de servicios profesionales, etc.).

También en este sentido, puede ser útil de nuevo, la Escala de Clima Social (Moos y Moos, 1981; TEA, 1984), fundamentalmente en sus subescalas IC (orientación Cultural-Intelectual) y AR (orientación Activa-Recreacional), en las que se evalúa el grado de interés en las actividades políticas, sociales, intelectuales y culturales, así como el grado de participación en actividades sociales y recreacionales.

Una vez definidos los distintos sistemas relacionados con el maltrato infantil es conveniente, con fines operativos, seleccionar, tanto los padres como el terapeuta, un número reducido de problemas específicos, que se consideren que han contribuido al conflicto en la familia, y evaluarlos según una escala de severidad. Ello permite, una vez clasificados los problemas en los tres sistemas: individual (por ejemplo, depresión

parental, conducta del niño hiperactiva), familiar (por ejemplo, conflicto marital, estrategias de control inadecuadas), y sistema social (desempleo, conflictos con los vecinos); obtener un índice de severidad para cada categoría, y conocer así la contribución relativa de cada sistema.

Un último paso, desde el punto de vista de la evaluación, sería el desarrollo de un instrumento (informes de cambio) que permita llevar a cabo un seguimiento y evaluación continua de la intervención, a partir de la evaluación de las percepciones de la eficacia del tratamiento, las necesidades de la familia y los cambios de esas necesidades a lo largo del tiempo.

Intervención

El conocimiento de la fuerza y debilidad de cada sistema implicado en el maltrato infantil, así como la contribución relativa de cada uno de ellos, determinada en el proceso de evaluación, permite centrar la intervención en un sistema determinado (en función de la severidad evaluada) o en la combinación de cualquiera de ellos (en función de la multtiplicidad de contextos involucrados en la determinación de los problemas y, en consecuencia, de las limitaciones de una intervención centrada exclusivamente en uno de los sistemas).

Entrenamiento de padres Este modelo de intervención desarrollado desde el paradigma de la teoría del aprendizaje, se basa en los hallazgos del grupo de Patterson (Patterson, 1977; Patterson, 1979; Patterson *et al.*, 1975), de un número de situaciones que consideran causantes de las tensiones familiares, y ofrece un conjunto de medidas, que han demostrado ser efectivas en la modificación de los modelos de interacción familiar disfuncionales.

Patterson y sus colaboradores sugieren que la utilización del castigo corporal elicit la conducta aversiva del niño, lo cual provoca subsecuentemente un mayor número de conductas violentas, quedando atrapados padre e hijo en un "ciclo coercitivo" que mantiene y hace perdurar el maltrato (Crittenden, 1985). Los factores que contribuyen a este proceso incluyen repertorios de control parental limitados o inefectivos, y altas tasas de conducta aversiva del niño (Sandler *et al.*, 1978). Desde este punto de vista, la in-

tervención en la familia se centra en la adquisición o modificación de las habilidades para el cuidado del niño, basándose las estrategias de intervención en la premisa de que los patrones violentos y abusivos se desarrollan como resultado de interacciones disfuncionales entre los miembros de la familia. En este sentido, los programas de modificación tienen como finalidad la reestructuración sistemática de la estructura relacional de la familia.

Desde el supuesto de que las actitudes acerca del castigo físico pueden modificarse como resultado del aprendizaje de técnicas de disciplina alternativas, cada programa de intervención se considera como un proceso de resocialización en el que se intenta desarrollar nuevas habilidades, aumentar la capacidad de los padres para incrementar interacciones positivas padre-hijo y reducir las conductas aversivas del niño. Brevemente, el modelo de intervención de Patterson incluiría los siguientes pasos: a) Establecer claramente los criterios entre una conducta aceptable y no aceptable. b) Monitorizar la conducta de los niños y operacionalizar tanto las conductas aceptables como las no aceptables, anotando las reglas a seguir después de cada conducta. c) Establecer contingencias consistentes para cada conducta, y entrenar a los padres en el uso de métodos más desapasionales cuando sus hijos no responden a sus demandas, como por ejemplo, la retirada de privilegios. d) Enfatizar las consecuencias positivas de las conductas prosociales.

En familias con problemas, cuando los padres muestran afecto o alabanzas, suele deberse más a su estado de humor que a la conducta de niño, lo cual puede ser una causa importante por la que los niños se muestren insensibles a la aprobación social. Desde este modelo, una vía para reestablecer la sensibilidad de estos niños es demostrar aprobación ante la conducta positiva, favoreciéndola con recompensas tangibles.

Grupos de entrenamiento de padres. Aunque de características similares de padres, esta estrategia de intervención presenta importantes diferencias y aportaciones respecto al modelo anterior. Los grupos de entrenamiento de padres, basados en aquellos desarrollados por Wolfe y sus colaboradores (1981), se centran en la instrucción de ambos padres (cuando esto sea posible) en el desarrollo humano y en las técnicas

de educación del niño. Los tópicos para las sesiones de entrenamiento, extraídos de *Parents Are Teachers* (Becker, 1971) y *Living With Children* (Patterson, 1979), incluyen el uso de refuerzos positivos contingentes, técnicas de disciplina no punitiva, la necesidad de consistencia parental, los efectos negativos de los métodos punitivos de disciplina y la importancia de desarrollar interacciones padre-niño más positivas. Durante las sesiones de entrenamiento, cada familia identifica problemas específicos o situaciones conductuales que requieran modificación. A continuación, se diseñan los programas de modificación de conducta para cada familia y se llevan a cabo durante las siguientes sesiones de grupo.

Es importante destacar las ventajas que puede reportar en esta estrategia de intervención, el contexto grupal donde se realiza el entrenamiento. Algunos estudios sugieren que el grupo de entrenamiento potencia los sistemas de apoyo parental, disminuye el aislamiento social y ofrece *feed-back* inmediato de los iguales en relación a la solución de problemas de conducta (Wodarski, 1981). Asimismo, Brunk *et al.* (1987) señala que el entrenamiento de padres proporciona un mayor decremento de los problemas sociales y capacita a los padres para disminuir su aislamiento social y establecer una red de apoyo social temporal.

Igualmente, Danger y Polster (1984) elaboraron un proyecto sistemático y empírico para el entrenamiento de padres denominado proyecto *WINNING*, el cual incorpora sesiones de video en el entrenamiento de padres y un programa costo-efectividad que puede llevarse a cabo por paraprofesionales. La evaluación de este programa revela cambios sustanciales en las habilidades para educar al niño y en las interacciones padres-hijos.

Entrenamiento en habilidades sociales. La consideración del niño como un antecedente del maltrato, implica la necesidad de considerar las estrategias de tratamiento para el niño una vez que el abuso ha ocurrido. Gran parte de los programas de intervención en el maltrato se han centrado en el entrenamiento de padres, no obstante aunque distintos estudios han indicado que el entrenamiento de padres es efectivo en reducir las conductas negativas del padre y del niño (Lorber *et al.*, 1984; Wolfe *et al.*, 1981), no está claro que sea una estrategia efectiva para incre-

mentar conductas positivas de los niños (Egan, 1983). Por el contrario, los entrenamientos en habilidades sociales (Gil, 1983), han mostrado su efectividad en la disminución y eliminación de los problemas asociados al aislamiento social: retraimiento o timidez, comportamiento agresivo, hiperactivo o impulsivo (Michelson *et al.*, 1987). No obstante, como señalan Michelson *et al.* (1987), ningún programa de habilidades sociales puede remediar todos los déficits de habilidades sociales en todos los niños. Es conveniente realizar las modificaciones oportunas en el programa, ajustando los objetivos generales a aquellas deficiencias manifestadas por cada niño. Asimismo, es importante que estas técnicas estén apoyadas por el ambiente donde interactúa el niño (compañeros, padres, profesores, etc.).

Un programa adecuado, dirigido a paliar las deficiencias, producto de los patrones de interacción familiar negativos permite, además, prevenir futuras disfunciones sociales y múltiples efectos secundarios en el área afectivo-social (Bierman y Furman, 1984).

Modelo Multisistémico de Terapia. Aunque el entrenamiento de padres es un tratamiento efectivo en numerosas situaciones, puede presentar serias limitaciones cuando se aplica como la principal estrategia terapéutica para los múltiples problemas de las familias donde existe el maltrato. El modelo multisistémico de terapia, desarrollado por Henggeler y sus colaboradores (Henggeler, 1982; Henggeler *et al.*, 1986) es sin embargo, consistente con el modelo ecológico del maltrato. Frente al entrenamiento conductual de padres, en donde las conceptualizaciones son relativamente mecanicistas y lineales, un acercamiento sistémico expresa la causalidad circular y subraya la importancia del contexto ecológico en el desarrollo de los problemas de conducta. Desde este punto de vista, el modelo multisistémico es similar a los acercamientos de terapia familiar (Haley, 1976; Minuchin, 1974) en su supuesto de que los problemas de conducta deben ser comprendidos dentro de un contexto sistémico. Sin embargo, en contraste con gran número de modelos de terapia familiar, el modelo multisistémico también expresa el rol de las variables cognitivas y de las variables extrafamiliares en el mantenimiento de los problemas de conducta. En este sentido, los modelos sistémicos de

cambio pueden ofrecer la flexibilidad necesaria para intervenir en niveles múltiples y con procesos cognitivos, emocionales o instrumentales.

Desde el modelo multisistémico se asume que los problemas de conducta están multideterminados y que son multidimensionales, y que la intervención puede dirigirse a cualquiera de ellos o a la combinación de sistemas, dependiendo de la fuerza o debilidad de los sistemas implicados. No obstante, desde esta perspectiva, se utiliza en todos los casos la reestructuración, la reunificación y tareas prescritas para cambiar los modelos de interacción familiares (Minuchin, 1974; Minuchin y Fishman, 1984). Por otra parte, y en función de los índices de severidad evaluados para cada sistema se desarrollan distintos tipos de estrategias interventivas: educación parental informal en relación con las estrategias de control del niño más efectivas y expectativas congruentes con el nivel de desarrollo y conducta del niño. Programas de entrenamiento dirigidos a desarrollar la capacidad de realizar funciones ejecutivas y lograr una mayor flexibilidad en los casos de negligencia y abuso respectivamente. Terapia familiar. Cambios en la relación de la madre con la familia extensa. Entrenamiento y apoyo emocional en la relación de los iguales con niños y padres. Finalmente, en la mayoría de los casos, los terapeutas actúan como nexo de unión con los agentes externos para resolver dificultades de la familia, y potenciar las habilidades de toma de perspectiva social de los miembros familiares.

Es importante destacar, también en este caso, las ventajas que reporta el contexto donde se desarrolla la intervención. En este modelo, la intervención se realiza con cada familia separadamente, bien en su casa o en un contexto clínico, lo cual facilita la generalización de las habilidades aprendidas en el tratamiento y permite encaminarse más directamente a los problemas de interacción familiar (Halperin, 1981). Desde este punto de vista, la evaluación de este programa demuestra su efectividad en la reducción de aquellos problemas experimentados comúnmente en las familias abusivas y negligentes, observándose una reducción del estrés, una mejora en los problemas individuales, cambios positivos en los patrones de interacción familiar, así como un incremento en la efectividad de los intentos de control de la conducta de los hijos (Henggeler *et al.*, 1986; Brunk *et al.*, 1987).

A modo de conclusión

Tanto los acercamientos individuales como el ecológico han contribuido a nuestra comprensión del maltrato infantil. El potencial explicativo e interventivo de un acercamiento centrado estrictamente en el individuo puede desarrollarse mejor en aquellos padres que están repetidamente implicados en conductas agresivas y violentas.

La comprensión de estos padres desde esta perspectiva es importante, puesto que sus conductas agresivas y violentas están localizadas en el individuo y exceden en gran manera las habitualmente tolerables. No obstante, un acercamiento sistémico centrado en la familia, obviamente dentro de un contexto social y cultural, la escuela y los iguales, nos permite una comprensión más completa de la agresión y la violencia hacia el niño y con un rico potencial para una intervención más efectiva.

Ambos acercamientos, el individual y el sistémico no son contradictorios. Un sistema se compone de contextos, los cuales definen el vínculo entre los individuos. Obviamente toda conducta individual ocurre en algún contexto y es, de este modo parte de un sistema más amplio, todos los contextos humanos por definición incluyen individuos cuyas conductas contribuyen a la determinación del contexto. El diagnóstico de los padres agresivos y violentos puede beneficiarse, con frecuencia, de la evaluación de los otros implicados en el contexto de interés. Incluso, la ocurrencia de una conducta en un contexto específico puede depender en sus relaciones de los repertorios de respuesta de los otros en el contexto; las habilidades y deficiencias son siempre, naturalmente, relativas a las competencias de los otros y a las demandas del contexto. A su vez, una evaluación detallada de un contexto requiere del conocimiento de los repertorios de respuesta de los individuos y de cómo y con qué efectividad ajusten las respuestas requeridas por sus roles y las actividades del contexto.

El reconocimiento de la importancia de los factores individuales no debe eximir de los esfuerzos para comprender el contexto social donde ocurre la agresión y la violencia. Que nuestra concepción de estos problemas requiere el conocimiento de los individuos y de sus sistemas sociales ha sido ilustrado por los agentes de influ-

encia, tratamiento y control que se han venido exponiendo a lo largo de este artículo.

Bibliografía

- Aber y Allen (1987). Effects of Maltreatment on Young Children's Socioemotional Development: An Attachment Theory Perspective. *Developmental Psychology*, 23, 3, 406-414.
- Becker, W. C. (1971). *Parents are teachers*. Champaign, IL: Research Press.
- Belsky, J. & Vondra, J. (1987). Child Maltreatment: Prevalence consequences causes, and interruptions. En Crowell, D. H. et al.: *Childhood Aggression and Violence: Sources of influence, Prevention and Control*. London: Plenum Press, 161-206.
- Belsky, J. (1980). Child maltreatment: An ecological integration. *American Psychologist*, 35, 320-335.
- Bierman, K. L. & Furman, W. (1984). The effects of social skills training and peer involvement on the social adjustment of preadolescents. *Child Development*, 55, 151-162.
- Brofenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Brofenbrenner, U. (1986). Ecology of the Family as a Context for Human Development Research Perspectives. *Developmental Psychology*, 22, 6, 723-742.
- Brunk, M., Henggeler, S. & Whelan, J. (1987). Comparison of Multisystemic Therapy and Parent training in the Brief Treatment of Child and Neglect. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 52, 2, 171-178.
- Brunk, M. A. (1985). Mother-son relationships of juvenile felons. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53, 942-943.
- Crittenden, P. M. (1985). Maltreated infants: vulnerability and resilience. *Journal Child Psychol. Psychiat.*, 26, 1, 85-96.
- Crittenden, P. M. (1981). Abusing, neglecting, problematic, and adequate dyads: differentiating by patterns of interaction. *Merrill Palmer Quarterly*, 27, 201-208.
- Dana, R. H. (1984). Personality assessment: practice and teaching for the next decade. *Journal of Personality Assessment*, 48, 1, 46-57.
- Danger, F. & Polster, R. (1984). Wining: a systematic, empirical approach to parent training. In Dangel, F. y Plocxer, M. (Eds.), *Parent Training*. London: The Guilford Press, 162-201.
- Egan, K. J. (1983). Stress management and child management with abusive parents. *Journal of Clinical Child Psychology*, 12, 292-299.
- Escartí, A. & Musitu, G. (1987). *El niño abandonado en la comunidad valenciana*. Conselleria de Treball i Seguretat Social.
- Garbarino, J. (1977). *The human ecology of child abuse and neglect: a conceptual model for research*. Paper presented at the Biennial Meeting of the Society for Research in Child Development. New Orleans, March.
- Garbarino, J. (1977). The human ecology of child maltreatment: a conceptual model for research. *Journal of Marriage and the Family*, 39, 721-736.
- Garbarino, J. (1982). *Children and families in the social environment*. Hawtorne, NY: Aldine.
- Gabarino, J. & Crouter, A. (1978). Defining the community context for parent-child relations: The correlates of child maltreatment. *Child Development*, 49, 604-611.
- Gelles, R. (1973). Child Abuse as psychopathology: A sociological critique and reformulation. *American Journal of Orthopsychiatry* 43 (July), 611-612.
- Gelles, R. J. & Cornell, C. P. (1985). *Intimate violence in families*. London: SAGE.
- Gil, D. B. (1975). Unraveling child abuse. *American Journal of Orthopsychiatry*, 45, 346-356.
- Gil, F. (1983). Entrenamiento en habilidades sociales. En Mayor y Labrador (Eds.): *Manual de Modificación de Conducta*. Madrid: Allambra Universidad. 399-430.
- Green, A. (1978). Psychopathology of abused children. *Journal of the American Academy of Child Psych.*, 17, 92-103.
- Gutierrez, M. & Musitu, G. (1986). La disciplina familiar y su relación con la autoestima, rendimiento escolar y adaptación social. *Boletín de la Aeoep*, Madrid, 6º, 5º, 6-38.
- Halperin, S. L. (1981). Abused and non-abused children's perception of their mothers, fathers, and siblings: implications for a comprehensive family treatment plan. *Family Relations*, 30, 89-96.
- Henggeler, S. W. (Ed.) (1982). *Delinquency and adolescent psychopathology: a family-ecological systems approach*. Littleton, MA: Wright-PSG.
- Henggeler, S. W., Rodick, J. D., Borduin, C. M., Hanson, C. L., Watson, S. M. & Urey, J. R. (1986). Multisystemic treatment of juvenile offenders: effects on adolescent behavior and family interaction. *Developmental Psychology*, 22, 132-141.
- Huesman, L. R. et al. (1984). Stability of aggression on time and generations: *Developmental Psychology*, V. 20, 6, 1. 120-1. 134.

- Kinard, E. M. (1980). Emotional development in physically abused children. *American Journal of Orthopsychiatry*, 50(4), Oct., 686-696.
- Lin, N., Dumin, M. Y. & Woelfel (1986). Measuring community and network support. En Lin, N.; Dean, A.; & Ensel, W. (Eds.): *Social Support, Life Events and Depression*. London: Academic Press.
- Lin, N., Simeone, R., Ensel, W. & Kuo, W. (1979). Social support, stressful life events, on illness: a model and empirical test. *Journal of Health and Behavior*, 20 (1), 108-119.
- Lorber, R., Felton, D. K., & Reid, J. B. (1984). A social learning approach to the reduction of coercive processes in child abusive families: a molecular analysis. *Advances in Behavior Research and Therapy*, 6, 29-45.
- Martin, H. (1980). The consequences of being abused and neglected. In H. C. Kempe & R. E. Helfer (Eds.). *The battered child*. Chicago, University of Chicago Press. 347-365.
- Michelson, L., Sugai, D. P., Wood, R. P. & Kazdin, A. E. (1987). Las habilidades sociales en la infancia. Barcelona: Martinez Roca.
- Minuchin, S. & Fishman, H. (1984). *Técnicas de terapia familiar*. Paidós.
- Minuchin, S. (1974). *Families and family therapy*. Cambridge, MA: Harvard University Press. (Versión castellana, 1977, Granica Editó. Barcelona).
- Moos, R. H. & Moos, B. S. (1981). *Family Environment Scale Manual*. Palo Alto, CA: Consulting Psychologists Press.
- Musitu, G. (1984). *Intervención Psico-Social en el maltrato y abandono infantil*. En Servicios Sociales: hacia una nueva definición. Diputación provincial de Valencia.
- Musitu, G. (1987). *Agresión & Autoestima en el Niño Institucionalizado: Rev. de Sociología*. En Prensa.
- Musitu, G. y Estrelles, R. (1986). *Educación familiar, identidad y conducta delictiva en adolescentes*. Ponencia en Jornadas sobre prevención de la Delincuencia. En prensa.
- Parke, R. D. & Lewis, N. G. (1981). The family in context: a multilevel interactional analysis of child abuse. In R. Henderson (Ed.), *Parent-child interaction*. New York: Academic Press.
- Patterson, G. R. (1979). *Living with children*. Champaign, IL: Research Press.
- Patterson, G. R., Reid, J. B., Jones, R. R. & Conger, R. E. (1975). *A social learning approach to family intervention*. Eugene, OR: Castalia Publishing.
- Patterson, G. R. (1977). Accelerating stimuli for two classes of coercive behaviors. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 5, 335-350.
- Rollins, B. C. & Thomas, D. L. (1979). A theory of parental power and child compliance. In R. Cromwell and D. Olson (Eds.): *Powers in families*. Beverly Hills, Calif.: Sage Public.
- Sandler, J., Vandercar, C. & Milhoan, M. (1978). Training child abusers in the use of positive reinforcement practices. *Behavior Research and Therapy*, 16, 169-175.
- Smith, S.; Hansen, R. & Noble, S. (1973). Parents of batterers babies: a controlled study. *British Medical Journal*, 5 (5889), 388-391.
- T. E. A. (1984). *Escalas de Clima Social*. TEA Ediciones.
- Timberlake, E. M. (1981). Child abuse and externalized aggression: preventing a delinquent life style. In R. J. Hunner y E. Walker (Eds.), *Exploring the relationship between child abuse and delinquency*. Montclair: Osman and Co. Washington.
- Tunla, T. & Paivi, R. (1983). *Cases of family violence in childpsychiatric out patient clinic in Finland* 7º Congreso Internacional sobre Agresión y Familia. Lausanne, Suisse.
- Wodarski, J. S. (1981). Comprehensive treatment of parents who abuse their children. *Adolescence*, 16, 959-972.
- Wolfe, D. A. (1985). Child-abusive parents: an empirical review and analysis. *Psychological Bulletin*, 97, 462-482.
- Wolfe, D. A.; Sandler, J. & Kaufman, K. (1981). A competency-based training program for child abusers. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 49, 633-640.

Résumé

Fuster, E. G., García, F. & Musitu Ochoa, G. Maltraitement infantile: Un modèle d'intervention à partir de la perspective systémique. *Cadernos de Consulta Psicológica*, 1988, 4, 73-82. L'objectif de ce travail est d'offrir un modèle de compréhension et d'intervention dans le maltraitement infantile. Dans une perspective écologique, on considère le maltraitement infantile comme étant le résultat de l'interaction de multiples facteurs situés à des niveaux écologiques différents (système individuel, familial et social), dans lesquels sont incluses les caractéristiques de l'enfant et les variables du système social telles que le stress de l'environnement, l'isolement social et les interactions familiales dysfonctionnelles. Étant donnée la nature multidimensionnelle du maltraitement de l'enfant, on insiste surtout sur la nécessité d'utiliser des mesures d'évaluation spécifiques pour les différents systèmes impliqués dans cette problématique sociale, afin de préciser la nature de l'intervention en fonction de leur force ou de leur débilite.

Abstract

Fuster, E. G., García, F., & Musitu Ochoa, G. Children maltreatment: An intervention model from a systemic approach. *Cadernos de Consulta Psicológica*, 1988, 4, 73-82. The main goal of this work is to offer an understanding and intervention model in children maltreatment. From an ecological approach, children maltreatment is considered as a result of the interaction

between multiple factors which are located at different ecological levels (individual, family and social systems) and that include: child characteristics and social system variables such as environmental stress, social isolation and dysfunctional family interactions. Given the multidimensional nature of children maltreatment, the necessity of using specific assessment measures for the different systems associated with the aim of clarifying the nature of intervention as a function of the strength or debility of the different systems involved.